

## CAPÍTULO III

## LA HONRADEZ.—LA VERDAD

There is na workemen  
That can bothe worken well and hastilie  
This must be done at leisure parfaitlie.

CHAUCER (1)

Gold thou may'st safely touch, but if it stick  
Unto thy hands, it woundeth to the quick.

GEORGE HERBERT (2)

The honest man, though e'er so poor,  
Is king o'men for a'that.—BURNS (3).

Ne quittez jamais le chemin de la vertue et  
l'honneur; c'est le seul moyen d'être heureux.

BUFFON (4)

La honradez y la sinceridad se enlazan perfectamente. La honradez es la verdad y la verdad es la honradez. La verdad sola, puede no constituir un grande hombre, pero es el elemento más importante de un gran carácter. A los que permanecen fieles a ella les da seguridad, y confianza a aquellos que sirven sus órdenes. La verdad es la esencia misma de los principios, de la integridad y de la independenciam. Es la primera necesidad de todo hombre. La veracidad absoluta es más necesaria hoy que en cualquier período anterior de nuestra historia.

La mentira, no obstante estar tan generalizada, es delatada hasta por el mismo mentiroso. Protesta que dice la verdad, porque sabe que la verdad es respetada universalmente, mientras que la mentira es condenada universalmente de igual modo. Mentir es tan vergonzoso como cobarde. «Atrévete a ser veraz» —dijo Jorge Herbert—; jamás hay algo que necesite una mentira. Los mentirosos más perjudiciales son aquellos que se conservan al borde de la verdad. No tienen valor para expresar la

(1) No hay obreros que puedan trabajar a un mismo tiempo bien y con precipitación; ello tiene que hacerse con perfecto sosiego.—CHAUCER.

(2) Puedes tocar sin peligro el oro, mas si se pega a tus manos, te herirá rápidamente.—JORGE HERBERT.

(3) El hombre honrado, por pobre que sea, es, a despecho de todo, rey de los hombres.—BURNS.

(4) No os apartéis nunca del camino de la virtud y del honor; es el único medio de ser feliz.—BUFFON.

realidad, pero andan en torno suyo, y dicen lo que en realidad no es cierto. Una mentira que es la mitad de la verdad, es la peor de las mentiras.

Hay una doblez de conducta en la que existe tanto mal como en una falsedad de palabra. Las acciones tienen una voz tan clara como las palabras. El hombre vil es falso a su profesión. Evita la verdad que aparenta creer. Juega con dos caras. Carece de sinceridad y de veracidad. El hombre sincero habla como piensa, cree como pretende creer, obra conforme profesa que obra, y cumple lo que promete.

«Son comunes otras fórmulas de contradicción práctica—dice Spurgeon—, algunas son intolerablemente liberales; otras son furiosos abogados a favor de la paz, o intemperantes sobre la templanza. Hemos conocido defensores de la generosidad que eran miserablemente tacaños. Hemos oído de personas que han sido maravillosos y vehementes partidarios de «la verdad»—aludiendo con ella a cierta forma de doctrina—, y, sin embargo, no han observado la verdad en materia de comprar y vender, o tocante a la reputación de sus vecinos o de los incidentes de la vida doméstica.» (1).

Mentir es uno de los vicios más comunes y convencionales. Predomina en lo que se llama «sociedad». *No está en casa*, es el modismo más en moda de contestación a un visitante. Se cree que el mentir es tan preciso para conducir los asuntos humanos, que se ha convenido tácitamente en ello. Una mentira puede ser considerada inofensiva, otra insignificante, otra intencional. Las mentirillas son cosa común. Por muy tolerada que sea la mentira, es, no obstante, más o menos detestable para cualquier hombre o mujer de pensamientos puros. «Las mentiras—dice Ruskin—pueden ser ligeras y accidentales, pero son un feo hollín del humo del abismo, y es mejor que nuestros corazones estén perfectamente limpios de él, sin cuidarnos de cuál será mayor o más negra.»

«Mentir en el extranjero en provecho del país de uno, solía ser la máxima de los diplomáticos.» Sin embargo, el hombre debería cuidarse más de su palabra que de su vida. Cuando Régulo fué enviado a Roma por los cartagineses, hallándose prisionero de éstos, con una escolta de embajadores para pedir la paz, fué bajo la condición de que regresaría a su prisión si la paz no se llevaba a efecto. Prestó juramento, y prometió volver.

Cuando se presentó en Roma, insistió con los senadores para que perseverasen en la guerra, y que no convinieran en el

(1) *La Biblia y el periódico*, 1878.

canje de prisioneros. Eso implicó su regreso a su prisión en Cartago. Los senadores, y hasta el Pontífice Máximo, sostenían que, habiéndole sido arrancado el juramento por la fuerza, no estaba obligado a ir. «¿Habéis decidido deshonrarme?—preguntó Régulo—; no ignoro que me espera el martirio y la muerte, pero, ¿qué son éstos al lado de la vergüenza de una acción infame, o las heridas de un espíritu culpable? Prisionero como soy de Cartago, aun tengo el espíritu de un romano. Volveré a mi deber. Dejad que los dioses se encarguen de lo demás.» Régulo volvió a Cartago y murió en el tormento.

«Dejad que alcance la verdad aquel que quiera vivir bien—dijo Platón—, y entonces, y no antes, cesarán sus pesadumbres.» Citemos asimismo un pasaje del Emperador Marco Aurelio: «Aquel que obra injustamente, obra impiamente; pero que la Naturaleza universal nos ha hecho animales racionales en beneficio mutuo, para ayudarnos el uno al otro conforme a nuestros merecimientos, pero de ningún modo para dañarnos el uno al otro, y aquel que viola su voluntad es claro que se hace culpable de impiedad hacia la misma divinidad. Y de igual manera, aquel que miente es culpable de impiedad hacia la misma divinidad, por la Naturaleza universal de todas las cosas que son; y todas las cosas que son están relacionadas con todas las cosas que vienen a la existencia. Y, además, esta Naturaleza universal se llama *Verdad*, y es la causa primera de todas las cosas que son verdaderas. Aquel, pues, que miente con intención, es culpable de impiedad, por cuanto obra injustamente a engañar; y también aquel que miente sin intención, toda vez que perturba el orden al combatir contra la Naturaleza universal, y porque perturba el orden al combatir la Naturaleza del mundo; porque pelea contra ella, aquel que es llevado por sí mismo contra aquello que es opuesto a la verdad, porque ha recibido facultades de la Naturaleza, y a causa del abandono que hizo de ellas no está ahora en aptitud de distinguir el error, de la verdad. Y, verdaderamente, aquel que busca el placer como un bien, y evita la fatiga como un mal, es culpable de impiedad» (1).

La verdad y la honradez se demuestran de varios modos. Caracterizan a los hombres de justo proceder, a los hombres rectos, a los hombres que no os engañarán en provecho propio. La honradez constituye la manifestación más sencilla y humilde del principio de la verdad. Medidas llenas, pesos exactos, muestras genuinas, servicio completo, cumplimiento estricto de los compromisos, son absolutamente indispensables a los hombres de carácter.

(1) *Pensamientos de Marco Aurelio Antonino*, pág. 144.

Tomad un ejemplo cualquiera. Sam Foote tenía razón para quejarse de la pequeña cantidad de cerveza que se le servía en la comida. Llamó al patrón y le dijo: «Hágame usted el obsequio de decirme: ¿cuántos cascotes de cerveza gana en un mes?» «¡Diez, señor!—contestó el posadero—. «¿Y le agradaría ganar once, si pudiera?» «¡Indudablemente, señor!» «Entonces le voy a decir cómo—dijo Foote—: *llene usted la medida.*»

Pero el caso va más lejos aún. Nos quejamos de las medidas escasas y de la adulteración de las mercaderías y comestibles. Compramos una cosa y recibimos otra. Pero las mercaderías tienen que venderse: si es con beneficio, tanto mejor. Si el vendedor es descubierto, el comprador se va a otra parte. Cuando visitó a Inglaterra hace muchos años Mr. Le Play, observó con inmenso placer la probidad comercial de los manufactureros ingleses. «Muestran—dijo—una exactitud escrupulosa en la cantidad y calidad de sus consignaciones para el exterior.»

¿Podría decir otro tanto ahora? ¿No hemos oído hablar en los tribunales públicos de la depreciación de nuestras manufacturas, de algodón cargado con arcilla china, almidón, magnesio y zinc? Vimos el cargamento y por eso sabemos lo que es. El algodón se pone mohoso, descolorido, y por lo tanto invendible. La borra, cuando se desarrolla por la humedad, vive y se aumenta con el almidón. La China era uno de los muchos mercados para el algodón que se fabricaba en Inglaterra, pero cuando apareció la borra desapareció el tráfico.

Hay un proverbio chino que dice: «El adivino no engaña al hombre que le toca el *tamtam*.» El chino es tan gran impostor como nosotros. Mezcla limadura de hierro en su te, y agua en la leche; por eso está bien advertido para las imposturas de los demás. «El efecto—dice el cónsul británico en Cheefoo—es que tengan un mal nombre nuestros tejidos, y su lugar ha sido reemplazado por las manufacturas americanas. Los tejidos americanos, no obstante ser un cuarenta por ciento más caros, están desalojando del mercado a los tejidos ingleses.» Ya no se tiene fe en nosotros. La marca inglesa era una garantía de honradez, pero ya ha dejado de serlo.

Lo mismo acontece en la India. El algodón inglés no puede lavarse. Cuando han sido lavados de él la arcilla y el almidón, se convierte en un harapo. Los indios cultivan el algodón, y son operarios hábiles, con dedos ingeniosos y sutiles. Pueden tejer un hilo igual que las obreras de Manchester. Habiendo capital acumulado en la India se han establecido telares, y ahora fabrican para sí los indios.

Todo esto es bien conocido en los distritos manufactureros. De ello se habla en las asambleas públicas. En todas partes es

sabido el hecho de que se aderezan con cola y se almidonan las telas de algodón, como igualmente que se las carga con arcilla china. El señor Mellor, miembro del Parlamento, denunció solemnemente el fraude de los manufactureros adulteradores. lo que parece, éstos creen que los habitantes consumidores de globo son todos unos tontos, excepto ellos mismos. Citó el caso de un ingeniero que, al cruzar el Océano Indico, adornaba su turbante con muselina. «¿Es inglesa?», le preguntaron. «No es de Suiza.» La muselina inglesa se adhiere a los dedos, porque tiene mucha goma. Por esto perdemos nuestro tráfico, por eso padecemos malas épocas.

Las mercaderías de algodón americano se venden con buena ganancia en Londres, Mánchester y otras partes. Las mercaderías de algodón de la India se venden en China y en Australia no obstante venderse a mayor precio los tejidos de Bombay que los estambres ingleses. La fabricación local del algodón en la India es ahora igual a toda la producción local y extranjera de Mánchester. ¿No constituye esto un hecho sorprendente? Ahora estamos dando a nuestros artesanos una educación técnica. ¿Qué podrá hacer la educación técnica contra el fraude y la mentira por mayor? Compra una joven un carrete de hilo que tiene marcadas 250 yardas. Cuando llega a concluirlo fatigándose, encuentra que sólo tenía 175 yardas. ¿Qué puede pensarse de la honradez de sus compatriotas?

El decaimiento de la norma de los hombres públicos, de la moralidad pública y de los principios políticos, es evidente. Cuando estuvo en Inglaterra el difunto baron Dupin, hace unos sesenta años, notó admirado el valor, la inteligencia y la actividad de nuestros hombres comerciales. «No es solamente el valor, la inteligencia, la actividad del manufacturero o del comerciante lo que conserva la superioridad de las producciones y el comercio de su país; es, con mucho más, su discreción, su economía, y, sobre todo, su probidad. Si alguna vez, en las Islas Británicas perdieran estas virtudes los ciudadanos útiles, estaríamos seguros de que para Inglaterra, así como para cualquier otro país, a pesar de la protección de la más formidable marina, a pesar de la previsión y actividad de la diplomacia más lata y de la más profunda ciencia política, rechazados de todas las costas los buques de un comercio degenerado, desaparecerían como rapidez de aquellos mares cuya superficie cubren ahora con los tesoros del Universo, cambiados por los tesoros de la industria de los tres Reinos» (1).

Indudablemente, la disculpa es el vigor de la competencia y los obstáculos que opone el Gobierno en el camino de la libertad

(1) *El poder comercial de la Gran Bretaña*, vol. I. Introducción, pág. VI.

de la producción. El manufacturero está atado de manos y pies con las leyes restrictivas. Varias de éstas son excelentes; por ejemplo, la ley que manumitía a las mujeres, y a los niños del trabajo en las carboneras, y la ley que disminuía las horas del trabajo. Mas parece que la ley sobre fábricas ha ido demasiado lejos. El señor Kitson dijo últimamente en Leeds que, a los efectos del Acta sobre fábricas, se debía que ya casi habían desaparecido del país diversas industrias. Bélgica introducía en este país cabos y cuerdas de hierro y de acero pequeños, porque en su producción podían ser ocupados los muchachos. Todas las máquinas, que en un tiempo fueron una rama importante del tráfico inglés, se construyen ahora en Francia y en Bélgica. Indicó que por estos medios concluía el Parlamento con diversas industrias en este país, y además se añadía la injusticia de hacer pagar a estas industrias el gasto de su propia extinción. Otro orador dijo en la misma asamblea, que su casa importaba artículos de hierro fundido de Bélgica, porque podían conseguirlo más baratos que en Inglaterra, a pesar de estar sus talleres rodeados por todas las fábricas del Lancashire.

El patrón no solamente se encuentra lastimosamente estorbado por la ley, sino que también lo está aún más por las huelgas. Cuando parece que mejora el negocio, se declaran los obreros en huelga pidiendo aumento de salario. Las fábricas se cierran, las fundiciones se apagan; cesan las construcciones, y todo queda paralizado. Derrochamos nuestros medios y nuestras oportunidades; y el extranjero gana con nuestro descuido. Es algo más que desgraciado, es ruinoso, que los obreros consideren a sus patrones como a sus enemigos innatos.

Mas, ¿qué decir de la calidad del trabajo hecho por los obreros? Había un tiempo en que los hombres ponían alma y corazón en su trabajo, cuando se enorgullecían por la calidad de su labor, haciendo aquello que Chaucer describe al frente de este capítulo como *trabajo hecho con sosiego y perfección*. Pero, ¿qué tenemos ahora? Trabajo hecho a la ligera, sin habilidad, sin conciencia, sin laboriosidad. A causa de esto se hundan los túneles, ceden los puentes de hierro y los edificios se desploman. Las casas quedan a medio hacer, los desagües quedan descubiertos, y las enfermedades se extienden. ¡Oh, obreros ingleses omisos e irreflexivos! ¡Cuántas vidas habéis quitado! ¡A cuántas familias habéis hundido en la desolación! En haciendo vuestro trabajo, os es indiferente el cómo lo habéis hecho. No habéis hecho por él todo lo que podíais hacer; ni siquiera os habéis esmerado en ello. El trabajo se lleva a cabo de cualquier modo, con tal que pueda sufrir la inspección. Todo esto es poco honesto y deshonesto. ¡Pobres obreros ingleses! No es sola-

mente vuestra la culpa. Habéis sido criados sin instrucción. Habéis sido educados sin simpatía. Creáis que el mundo esta contra vosotros, porque ha simpatizado con vosotros frecuentemente.

- Todo trabajo malo constituye una mentira. Es completamente deshonesto. Pagáis porque se os haga un trabajo bien hecho. Se le hace mal con fraude. Puede ser barnizado por encima con una apariencia bastante buena, y el delito se descubre cuando ya es demasiado tarde. Mientras duren estas cosas, es inútil hablar de la dignidad del trabajo, o del valor social de los llamados trabajadores. «No puede haber dignidad de labor donde no haya honradez de trabajo. «La dignidad no consiste en la falacia y simulación, sino en la realidad y en la fuerza. Si hay visibles mayor insubstantialidad y superficialidad de todas clases en el trabajo actualmente, más que en el trabajo de nuestros antecesores, ¿de qué proviene? Del anhelo, de la competencia y de la prisa de hacerse ricos» (1).

Hasta los polinesios nos han descubierto. Cuando viajaba el obispo Patteson por las islas del mar del Sud en su misión de caridad, se encontró con que los naturales rehusaban comprar nuestras mercancías. «Un simple artículo de Brummangem dice—, que no resista el uso, carece de valor para ellos. Cualquier cosa que se les dé, sea barata o cara, aunque sólo valga un chelín, tiene que ser buena en su clase. Por ejemplo, una navaja de una hoja y cabo ordinario, comprada por un chelín, la estiman en mucho; pero una navaja con media docena de hojas, se la tirarán casi seguramente.» Del mismo modo halló el doctor Livingstone que los naturales de Africa se negaban a comprar hierro inglés, porque estaba *podrido*.

Sócrates demostraba cuán útil y excelente cosa era que un hombre se determinara a la perfección en su ramo, de manera que si era carpintero, fuese el mejor carpintero posible, o si era hombre de Estado, que fuese el mejor hombre de Estado posible. Por estos medios es cómo se obtiene el éxito. Un carpintero semejante—decía Sócrates—ganaría la guirnalda de carpintero, aunque ella sólo fuera de virtutas.

Tomad ejemplo de Wedgwood, que tenía el espíritu del trabajador. Aunque elevado desde las filas, nunca estaba satisfecho hasta que había hecho lo más que podía. Se fijaba especialmente en la calidad de su trabajo, para los fines que tenía que servir, y en el juicio que los demás formaban de él. Este fue el origen de su poder y de su éxito. No toleraba ningún trabajo inferior. Si no llegaba hasta estar conforme con su idea de lo que

(1) F. R. Conder, C. E., en *Buenas palabras*.

debía ser, cogía su bastón, rompía la vasija, y la arrojaba exclamando: «¡Esto no basta para Josiah Wedgwood!»

Huelga decir que ponía todo el cuidado posible para asegurar la perfección, por lo que respecta a las proporciones geométricas, vidriado, forma y ornamentación. Echaba abajo horno tras horno para llevar a cabo alguna mejora necesaria. Aprendió la perfección, por medio de repetidos fracasos. Inventó y mejoró casi todas las herramientas que se usaban en sus talleres. Pasaba gran parte de su tiempo entre sus operarios, enseñándoles por sí mismo. El éxito que obtuvo, lo dicen sus obras.

Otro caso de verdadera honradez y valor, puede citarse respecto de un gran contratista. Aludimos a Tomás Brassey. Hasta cuando era cosa común el engaño, siempre permaneció fiel a su palabra y a su trabajo. El viaducto de Barentin, de veintisiete arcos, estaba casi acabado, cuando, completamente impregnado por la humedad después de unas fuertes lluvias, se vino abajo toda la construcción. El accidente implicaba una pérdida de 30.000 libras esterlinas. El contratista no era responsable ni moral ni legalmente. Había protestado repetidas veces contra el material que se empleaba en la construcción, y los abogados franceses sostenían que sus protestas le eximían de toda responsabilidad. Pero Mr. Brassey opinaba de distinto modo. Había contratado—decía—hacer y conservar el camino, y ninguna ley le podría impedir que cumpliera su palabra. El viaducto fué construido a expensas de Mr. Brassey. Su vida constituye uno de los más elevados ejemplos que podemos presentar a esta generación.

Hemos tenido buenos tiempos y los hemos tenido malos; pero el resultado es siempre el mismo. Poco pensamos en el porvenir. Sólo economizamos cuando ya no tenemos dinero que gastar en gastos egoístas. Un patrón en Bradford dijo recientemente: «Hará unos cinco o seis años que nos hallábamos en un estado de gran prosperidad comercial. Casi hacía perder la cabeza a las clases industriales. Todo el mundo se enriquecía rápidamente, y se hallaban tan preocupados en acumular dinero, que parecían creer que aquello no tendría fin. Las clases trabajadoras se agregaron a la prosperidad y perdieron la cabeza lo mismo que los de arriba. Exigieron salarios más crecidos, y por algún tiempo obtuvieron lo que desaban. Se aminoró la producción, e insistieron importunamente en que trabajando menos horas obtendrían más dinero por su labor, y que estarían así mucho mejor. Mas, sobrevino entonces el período de la depreciación, y ningún esfuerzo de huelgas y de ligas pudieron deshacerlo. Insistió él con los obreros, haciéndoles comprender que, si deseaban que volvieran los buenos tiempos, tenían que cumplir honrada

y fielmente su deber, y cambiar su manera presente de hacer trabajo poco sólido, y preocupándose lo menos posible por dinero.»

En una conferencia de obreros en Edimburgo, sostuvo uno de los oradores las ventajas de las huelgas. «Mi teoría es trabajar lo menos que podáis—dijo—, y obtener el salario mayor que podáis.» Si esta teoría se efectuara, produciría la mayor desmoralización en el trabajador; lo haría holgazán, ineficaz y desleal. Otro orador se colocó en un punto de vista opuesto. Dijo: La existencia de ligas con el propósito de hacer huelgas es en extremo inmoral. El otro día iba por una calle de Edimburgo, cuando me hallé con un hombre que caminaba lentamente y descansadamente. Un muchacho que pasaba le dijo: «No se apura usted mucho, que digamos.» «Es tiempo de mi patrón», respondió el hombre. «Ese hombre—seguía diciendo—tenía imbuída la idea de que con el sistema de huelgas, era beneficio suyo el perjuicio de su patrón; y el efecto de todo el sistema era que no se podía obtener un pedazo de trabajo bien hecho.»

Convendría que se pudiera conseguir que los obreros vieran la posición en que se hallan actualmente. Están compitiendo con los obreros de todo el continente de América. Era costumbre creer que la superioridad del trabajo inglés triunfaría de toda competencia extranjera. Fuese lo que haya sido antes, ahora es esto un engaño completo. Los extranjeros poseen todas las ventajas de nuestra mejor maquinaria, con los últimos adelantos. Ahora construyen sus propias máquinas. Han aprendido a trabajar tan pronto y tan bien, como los mejores obreros ingleses; trabajan lo mismo el domingo que el sábado. En Francia trabajan 72 horas por semana, mientras que en este país se trabajan 56 por semana. Y los salarios de los obreros extranjeros son como un 25 por ciento menores que los de Inglaterra. El trabajo inglés que se envía fuera, no es tan bueno y tan honrado como el de Francia. ¿Cómo podemos mantener la competencia frente de estos hechos? Las manufacturas de algodón francesas y alemanas vienen libres de derecho a Inglaterra en tanto que las nuestras no pueden ir a los puertos franceses o alemanes sin pagar altos derechos prohibitivos. Hemos perdido el monopolio del tráfico, que una vez impusimos, y no es fácil que podamos volver a recobrarlo de nuevo. Nuestro comercio de algodón pronto quedará reducido al consumo interior, y si los artículos no se hacen bien y baratos, serán excluidos del uso en las fábricas francesas y americanas. Lo mismo acontecerá con otro producto cualquiera.

El señor Holyoake habló con verdadero espíritu de equidad cuando censuró los errores de las ligas, y expresó su opinión

indudablemente, la de lo más escogido de las clases trabajadoras—respecto de la simpatía y sinceridad entre el patrón y el empleado. «Trayendo a mi memoria—dijo—catorce años de experiencia como trabajador, digo ahora que, si se me asegura el salario de ocho horas de trabajo diario, que proporcionaran una competencia moderada antes que la fuerza de la vida fuese gastada, y si se me dejara en libertad de producir el mejor trabajo que me fuera posible, de modo que mi orgullo, mi gusto y mi carácter estuvieran en mi oficio, y tuviese cierta seguridad razonable de continuar en mi empleo en tanto cumpliera de buena fe con mi obligación, preferiría ahora ese estado a cualquiera otro. Sería amigo del patrón; su reputación sería mi orgullo, sus intereses los míos. El tendría el cuidado y la ganancia que es lo que honradamente pertenece de derecho al cuidado, y yo tendría la satisfacción y tiempo para aprender y estudiar.»

Es indudable que esta nación posee el mejor material del mundo. Tenemos hombres que están dispuestos a trabajar y que son competentes para el trabajo. Mas queremos buen trabajo, no trabajo de bribones. Tenemos huelgas por no recibir salarios pequeños, pero no tenemos huelgas contra el hecho de producir mal trabajo. Lo que se necesita no son más horas, sino un trabajo mejor. Lo que desacredita las mercancías inglesas en todos los grandes mercados del mundo, es el trabajo malo y fraudulento. «El trabajo—añade el señor Holyoake—tiene poco placer, porque tiene poca elevación. Debiera serles imposible a los patronos poder hallar hombres que quisieran hacer trabajo despreciable. Es una especie de crimen contra la honra de la industria, un fraude por conveniencia realizado contra el comprador. Nada pone de manifiesto tan claramente la condición de honor en las profesiones de artesanos, como el hecho de tener nosotros toda clase de uniones comerciales para el apoyo de un hombre que rehusa dar salarios bajos, pero ni una liga siquiera para ayudar a un hombre que se niega a hacer trabajos malos.» Si continúa un sistema semejante, todas las ciencias y escuelas de artes del mundo entero serán impotentes para sostener a Inglaterra como gran nación comercial.

El mismo clamor nos llega de América. La verdad del proverbio: «No hay Dios al oeste del Missouri» es célebre en todas partes. El DOLLAR *todopoderoso* es la verdadera divinidad, y su educación es universal. Un diario del Sacramento dice que «los americanos constituyen un pueblo amante del dinero y que sabe producirlo. No tiene ni reina, ni aristocracia que lo gobierne; su aristocracia es el dinero. La concupiscencia por la riqueza se sobrepone a toda otra consideración. El fraude en los negocios es regla general en vez de ser la excepción. Envenenamos nues-

tros comestibles adulterándolos. Hasta envenenamos nuestros medicamentos con substancias más baratas. Vendemos residuo (borra) por lana. Vendemos taracea por madera sólida. Construimos miserables sotechados con mal ladrillo y peor argamasa y madera verde, y los denominamos casas. Nos robamos y engañamos mutuamente a cada instante, y en todo tráfico y negocio, y tan dedicados estamos a hacer dinero, que no tenemos ni aun tiempo para protestar, aunque no fuera más que contra los fraudes más palpables, sino que nos consolamos guiendo adelante trampeando y engañando a otros. Pagamos el crecidísimo precio por nuestra idiosincrasia nacional. Estamos aniquilando rápidamente nuestro sentimiento nacional de honradez e integridad. En aquellos países de nobles y esclavizados que están gobernados por monarcas, se arreglan para vivir mucho más barato y mejor que nosotros podemos hacerlo. El fraude suyo es considerado criminal, y el impostor es castigado severamente cuando llega a ser conocido y probado. Pero éstos son nebulosos países, que nada saben de libertad: no tienen *Common Law*, ni *Wall Street*, ni aristocracias de bacalao o de cerdos. Se niegan a reconocer que el hecho de tener derecho a propia vida, a la libertad y a la prosecución de la dicha (lo que significa dinero) autoriza a todo hombre para estafar a sus vecinos, y excluye la reparación del agravio.»

El hecho es singular: los americanos principian a creer que lo malo de la obra, y la mala voluntad para hacer buen trabajo, es, hasta cierto punto, producto del sistema de educación común. Todos están tan bien educados, que se encuentran por arriba de lo necesario para poder hacer trabajo manual. No hay aprendices americanos, ni sirvientes americanos. No hablan sin estar firmemente apoyados y debidamente seguros de lo que decimos.

Un redactor del *Scribner's Monthly* dice que «los americanos hacen un Dios de su sistema de escuelas comunes. Es una traición hablar contra él. El hombre que expresa alguna duda sobre su valor, es juzgado como enemigo de la educación.»

«Pero bien podemos abrir los ojos hacia el hecho de que preparar a los hombres para la tarea de la vida, sobre todo para ese trabajo que depende de la habilidad manual, es un error y un mal. Sólo es mera instrucción superficial, enchapado embutido.»

Dice el autor del artículo, que el antiguo sistema de aprendizaje ha caído por completo en desuso. Los muchachos están en la escuela y no pueden ser puestos de aprendices para un oficio cualquiera. De aquí que la mayor parte del trabajo mecánico lo hagan los extranjeros. El muchacho que ha ejercitado

provechosamente el cultivo de su inteligencia, no gusta de la idea de ganarse la vida por el hábil uso de sus manos en el empleo común de la vida. No siente entusiasmo por el trabajo corporal. Busca un empleo llevadero, o trata de vivir de su ingenio (1).

«Debajo de un castaño de extendidas ramas se halla situada la fragua de la aldea.»

Así dijo Longfellow. Pero allí ya no se halla la fragua de la aldea. Cuando fué al Norte en busca de herreros el general Armstrong, del colegio para personas de color en Hampton, no halló americanos que contratar. Todos los herreros eran irlandeses. Y en la próxima generación de irlandeses, cada muchacho estará tan bien educado que rehusará poner las manos en ningún trabajo manual. Para contener esta influencia creciente, declaró últimamente desde el púlpito en Nueva York, un sacerdote que tiene una numerosa familia, que se había propuesto que cada varón de su familia aprendiera un oficio mecánico, con el cual pudiese ganarse la vida, en caso necesario. Tanto el rico como el pobre debieran ser enseñados a trabajar; el rico diestramente, si fuese posible; porque es casi tan probable que quede pobre, como que alguno de los pobres se hagan ricos; y es una pobre educación aquella que no prepara a un hombre para poder atender a sí mismo y a los suyos en la vida.

Recientemente nos hemos estado quejando de lo mal que está el comercio; ¿pero mucho de ello no ha ocurrido a consecuencia de nuestras faltas? En la aritmética del escritorio dos y dos no siempre son cuatro. ¿A cuántas astucias no se recurre—en las que no toma parte la honradez—para hacer dinero más pronto que los demás! En vez de trabajar pacientemente y bien para ganar un modesto modo de vivir, muchos desean hacerse ricos de golpe. El espíritu de la época no es el de un comerciante, sino el de un jugador. La marcha es excesivamente rápida para permitir a ninguno que se detenga a preguntar por aquellos que

(1) Si se pregunta por qué no se lleva a cabo un esfuerzo universal en favor del restablecimiento del sistema de aprendizaje, responderemos que hay un león muy feo en el camino. Un fabricante de pianos lamentábase de que no podía obtener suficientes hombres que le hicieran su trabajo, siendo la causa de esto el hecho de pertenecer sus obreros a una sociedad que se había encargado de reglamentar el número de aprendices que se le permitía instruir en el negocio. Habían limitado el número a uno, el cual era por completo insuficiente para llenar los pedidos, y el patrón era impotente. A él no le quedaba más camino abierto que la importación de operarios ya instruidos, de Europa. En pocas palabras, existe una conspiración entre los individuos de las sociedades en todo el país, para apartar a todo muchacho americano de los oficios útiles, y de ese modo está la educación industrial bajo el entredicho de un sistema denigrante que debiera ser suprimido por la mano vigorosa de la ley. Véase, pues, que mientras la escuela común desvía naturalmente de las ocupaciones manuales a la inmensa mayoría de los que asisten a ella, aquellos que tienen inclinación para dedicarse a ellas no son libres de hacerlo, porque un ejército grande de hombres de sociedades están en el camino, dominando tanto a los patronos como a los empleados.—*Scribner's Monthly Illustrated Magazine*, del mes de marzo de 1880.

han caído en el camino. Se apuran; la carrera por la fortuna pertenece al más ligero. Su fe está en el dinero. No hace falta ser perfecta para señalar la conexión de nuestro conflicto con el pecado del juego y del fraude comercial, y de la disipación y la vanidad sociales, con la dilatada desolación y miseria.

«Hijo mío—dijo un padre—, vas a correr el mundo; puede que seas engañado, mas si tal cosa ha de acontecer, engaña mejor que dejarte engañar.» Otro dijo: «Haz dinero honradamente, si puedes; pero, si no puedes, hazlo de todos modos.» Un tercero agregó: «La honradez es mejor que la picardía; he practicado las dos cosas.» Por supuesto que transcribimos estas frases como de completa oposición con la verdad y la honradez. Pero bien puede dudarse que prevalezcan los elevados principios de conducta en muchas de las clases comerciales en la vida. Un joven principia en los negocios. Progresá lenta pero seguramente. Sus ganancias son quizás pequeñas, pero ha llegado a ellas equitativamente. «Un hombre recto abundará en prosperidad; pero aquel que se precipita para ser rico no será inocente; tiene una vista dañosa, y no medita en que puede caer en la pobreza.»

En las grandes ciudades comerciales se quedan asombrados del esplendor de los jefes del comercio. Se les supone inmensamente ricos. Todas las puertas les están abiertas. Disponen de los más altos puestos de la sociedad. Dan bailes, reuniones y comidas. Sus casas están llenas de pinturas de los mejores artistas; sus bodegas llenas de vinos de las más selectas cosechas. Su conversación no es variada: por lo común tratan sobre vinos, caballos o premios. Parece que navegan sobre el áureo mar de una gran fortuna acumulada.

A menudo se dejan arrastrar los hombres de negocios por estos ejemplos, cuando son jóvenes. Si no tienen firmeza y valor, están expuestos a seguir en sus huellas. La primera especulación puede ser tal vez una ganancia. La ganancia puede ser seguida por otra, y son arrastrados por el anhelo desordenado de la riqueza. Se hacen poco escrupulosos y pierden toda prudencia. Sus letras están en todo el mercado para el descuento. Para conservar alto su crédito gastan más dinero en pinturas y hasta en obras de beneficencia. Antes, se apoderaban violentamente de los bienes de los demás, los hombres insaciables e injustos. Hoy los obtienen por medio de quiebras fraudulentas. Antes, toda empresa era franca; hoy, todo es secreto, hasta que al fin sobreviene el último acontecimiento, y todo queda descubierto. Quiebra el hombre; las letras no tienen valor ninguno; se venden los cuadros, y el quebrado emprende la fuga para escapar a las maldiciones de sus acreedores.

¡En una quiebra, estaban anotadas en las cuentas más de 39.000 libras esterlinas como gasto a favor de asilos y obras de beneficencia! «Tengo el testimonio del tenedor de libros—dijo un orador en una reunión de acreedores—, para poder afirmar que durante cuatro o cinco años esta firma ha estado comprando mercancías en enorme cantidad, e inundando los mercados de Oriente, cuando ya era irremediabilmente insolvente, haciendo un tráfico, o mejor dicho, un juego desvergonzado, para fines comerciales, o usando una frase vulgar, para crear atmósfera. Espantosa me parece la caridad munífica de una casa de negocios insolvente. Me recuerda la observación de nuestro obispo (de Mánchester), que existen algunos hombres que edifican iglesias con parte de sus bienes mal adquiridos, para empedrar su camino del Cielo.»

¿Quién no ha oído hablar de las quiebras de Bancos originadas por el juego y el fraude, con el resultado de fortunas perdidas y vicisitudes de familia en todas las clases de tenedores de acciones? Dice Schiller: «Es atrevido el hecho de apropiarse ilícitamente un millón, pero es grande e inmenso robar una corona; el pecado parece disminuir en proporción del aumento del delito.» Sin embargo, la apropiación ilícita de algunos millones no ha sido juzgada como cosa extraordinaria en estos últimos años. Ha habido dinero que se ha tomado de los depósitos de Bancos para comprar acciones de ferrocarriles, o para comprar tierras en alguna lejana colonia, terminando a menudo en una caída ruinosa la especulación a favor de una alza. Entonces *quebró el Banco* y vino la caída, concluyendo en la ruina, y la desolación de mil familias. Hubo hombres que se volvieron locos, y mujeres que oraban porque se les quitara la vida.

Pity us, God! there are five of us here,  
With threescore year, on the youngest head.  
Five of us sitting in sorrow and fear.—  
Well for our widowed one she is dead.  
Could they not wait awhile? we whil not keep them long;  
We could live on so little, too, cheerful and brave,  
But to leave the old house, where old memories throng,  
For the Poorhouse! oh! rather the peace of grave (1)!

Hombres que ya son ricos, pero que se apuran por ser más ricos aún, se arrojan en desenfundadas especulaciones con la mira de hacer dinero más rápidamente que antes. ¿Con qué

(1) «Tened compasión de nosotras ¡oh Dios!; aquí estamos cinco, teniendo la menor lo menos sesenta años de edad, somos cinco que estamos envueltas en dolor y desesperación.— ¡Cuán afortunada ha sido la que era viuda, pues ha muerto! ¿No podían haber esperado algo más? No los hubiéramos hecho aguardar mucho tiempo. Además ¡podíamos vivir contentas y bien con tan poco, pero tener que abandonar nuestro viejo hogar, donde se agolpan tantos recuerdos antiguos, por el asilo de mendigos! ¡Oh, más vale la paz del sepulcro!»

El doctor Walter C. Smith, autor de estas líneas, se presentó en una asamblea, en

resultado? Sólo para desembarcarlos en irremediable bancarrota. Hay muchos casos que pueden probarlo. Un banquero rico de Tipperary—radical y demagogo—se hizo elegir para el Parlamento, y después de algún tiempo, y para quitarlo, se le hizo lord del Tesoro. Parecía que brillaba ante sus ojos una corona de barón. Pero en esto sufrió un desengaño. Se había metido a especular en ferrocarriles italianos, americanos y españoles, y perdió mucho. Entonces principió a falsificar documentos, escrituras de traspaso, letras por cientos de miles de libras esterlinas. Sus proyectos hábiles, mas sin principios de honradez, fracasaron completamente; sus letras no fueron aceptadas; su ruina era inminente. Una noche, a hora avanzada, entró en su escritorio, y sacó de allí un frasco de ácido prúsico. Empezó el camino de Hampstead Heath, bebió el veneno, y murió.

¡Qué escenas hubo en las calles Thurles y Tipperary después que se anunció su muerte! Ancianos llorando y lamentándose de la pérdida de todo, viudas arrodilladas y preguntando a Dios si podía ser cierto que para siempre hubieran sido sumidas en la mendicidad. Y era cierto, no obstante. El banquero y lord del Tesoro había perdido el último chelín de su Banco, y metiéndose de un fraude en otro mucho mayor, para rehacerse de sus pérdidas, lo que únicamente sirvió para echar sobre los que le rodeaban una ruina mayor y más irremediable.

Una de las últimas cartas que escribió fué a su primo. Decía: «¡A qué infamia he llegado paso a paso, amontonando crímenes sobre crimen! ¡Soy causa de la ruina, de la miseria y de la desdicha de millares! ¡Oh! ¡cuánto lo siento por aquellos sobre quienes debe caer esta ruina! Podría soportar cualquier castigo, mas no podría tolerar la vista de sus sufrimientos. Es mejor que no viva. ¡Ah! ¡ojalá que nunca hubiera salido de Irlanda! ¡Oh! ¡si hubiera resistido las primeras tentaciones de lanzarme en especulaciones! Hubiera sido entonces lo que era»

Edimburgo, y dijo que había recibido un gran número de cartas sobre este asunto (de quiebra del Banco), y algunos de los corresponsales le preguntaban cómo podía ser un hombre convertido, al ver que hacía tanto ruido sobre el luero sucio. La calamidad que se trataba implicaba desgraciadamente grandísimas congojas a sus semejantes, y que por su parte no tenía gran simpatía por una religión que simpatizaba tan poco con el sufrimiento de sus hermanos. Avergonzabase de que semejantes fraudes hubieran sido llevados a cabo entre ellos por hombres de confianza, pero que esperaba que su querida patria saldría de la triste obscuridad con su honra sin mancha, y que entraría en una carrera de activo trabajo con una atmósfera más pura y sana que antes. Preguntóse si era un caso cierto el de las cinco hermanas ancianas, que muchos habían leído. Era un caso real y verdadero, y que jamás podría olvidar el instante en que vió por primera vez a esas señoras, nueve días después de haber quebrado el Banco. Durante ese tiempo no se había guisado ninguna comida en aquella casa, sus ropas no se las habían sacado de sus cuerpos, y ni siquiera se habían acostado, tan aturridas y espantadas se hallaban, esperanzadas vagamente en que el buen Dios vendría y las libraría del mal que las amenazaba.

honrado y digno. Ahora lloro constantemente, pero, ¿de qué puede servir eso?» (1).

Las naciones, de igual modo que los individuos, pueden dejar de ser honradas. Su condición tiene que ser medida por el estado de sus *tres por ciento*. España, Grecia y Turquía se hallan afectadas en el mundo comercial: España fué muerta por sus riquezas. El oro que a raudales sacaba de sus conquistadas colonias en la América del Sud, degradó a su pueblo y lo hizo indolente y holgazán. En nuestros días un español se ruboriza del trabajo; no se ruborizará si tiene que mendigar. Grecia ha rechazado sus deudas durante muchos años. Al igual que Turquía, no tiene con qué pagar. Todos los trabajos de la industria son hechos por extranjeros en esos países.

Muchas cosas mejores podían haberse esperado de Pensylvania y los demás Estados americanos, que ver rechazadas sus deudas hace muchos años. Estos eran Estados ricos, y el dinero pedido prestado a Europa los hizo más ricos, abriéndoles caminos, y construyendo canales en provecho del pueblo. El reverendo Sidney Smith, que prestó su dinero, «los ahorros de las ganancias hechas con dificultad y privaciones durante toda su vida», dió a conocer al mundo su pérdida. Dirigió una protesta al Congreso de Washington, que luego publicó. «Los americanos—decía—, que se jactan de haber mejorado las instituciones del viejo mundo, han igualado, cuando menos, sus crímenes. Una gran nación, después de haber pisoteado toda tiranía terrestre, se ha hecho culpable de un fraude tan grande como el que

(1) «Este innoble amor por la holganza y el placer—dijo el obispo de Peterborough—; el degradante culto de la riqueza y los desmoralizadores fraudes y picardías que provienen del desordenado deseo de poseerla; el descabellado derroche de lujo que muy a menudo sigue a su posesión; la imprudencia del vicio que engreída orgullosamente por la abundancia de pan, ya no condesciende a pagar a la virtud ni aun el tributo de la hipocresía, el bajo cinismo que aleja con el desprecio todos aquellos pensamientos mejores y propósitos más elevados que son el mismo aliento de la vida más noble de una nación; y, emanando de éstos, la lucha de los intereses, la lucha de las clases extendiéndose y profundizándose día por día, como el egoísmo envidioso de la pobreza se levanta en reacción natural contra el egoísmo fastuoso de la riqueza; el odio torpe y desesperado con que llegan al fin a ver todo el orden social aquellos que quieren y que no tienen, que piensan que no es más que un plan vasto para su opresión, los estrofaletos sueños de cambio revolucionario que ha de dar a todos por igual, sin el trabajo de la labor y de la abnegación, estos goceos que ahora son la privilegiada propiedad de los menos, porque los más ansían poseer con un deseo amargo y persistente: éstas con algunas de las semillas del mal que, sembradas en nuestro mismo suelo y por nuestras manos, pueden algún día levantarse como un inmenso ejército, a quien debe temerse más que a las huestes invasoras de algún enemigo extranjero. El relumbrar y el brillo de nuestra civilización moderna podrá ocultar esto a nuestra vista por algún tiempo; podremos dejar de ver cómo se sacan en su atmósfera cálida algunos de los más valiosos elementos de nuestra grandeza nacional, o las cosas malas que crecen para madurar en las sombras oscuras que arroja, pero con todo, allí están, y si no los atendemos y no los reformamos, puede llegar el día en que deseemos que la disciplina severa y templadora de la guerra—aun más, hasta las espantosas pruebas y calamidades de la derrota—nos hubieran visitado a tiempo para salvarnos de horrores más grandes, engendrados y alimentados por nuestras mismas culpas en los tiempos de la abundancia y de la paz más profunda.»



nunca haya deshonrado al peor de los reyes de la más degradada nación de Europa.»

El Estado de Illinois se condujo con nobleza, aunque era pobre. Había pedido dinero prestado lo mismo que Pensylvania con objeto de llevar a cabo mejoras interiores. Cuando los habitantes de Pensylvania dieron el ejemplo de rechazar sus deudas, muchos de los Estados pobres querían seguir sus huellas. Como cada propietario tenía un voto, era fácil rechazar sus deudas si no hubiesen sido íntegros. Reunióse una Convención en Springfield, capital del Estado, y el proyecto de negación fué presentado a la asamblea. Iba a ser adoptado, cuando lo impidió un hombre honrado. Esteban A. Douglas (permítase que sea mencionado su honrado nombre) estaba enfermo, en cama, en su hotel, y quiso ser trasladado a la convención. Fué conducido sobre un colchón, pues estaba demasiado enfermo para poder caminar. Acostado de espaldas escribió la siguiente resolución que presentó en substitución del proyecto de rechazamiento:

«Se decreta que *Illinois quiere ser honrado*, aunque jamás pueda pagar un centavo.»

La resolución conmovió el sentimiento honrado de los miembros de la convención. Fué adoptada con entusiasmo. Dió un golpe mortal al sistema de rechazamiento. Inmediatamente subieron las acciones de los canales. Fluyeron al Estado el capital y la emigración, y el Illinois es ahora uno de los Estados más florecientes de América. Cuenta con más millas de ferrocarriles que cualquiera otro de los Estados. Sus vastas praderas son una inmensa sementera de granos, y están pobladas de centenares de miles de tranquilos y dichosos hogares. Esto es lo que hace la honradez.

La verdad es que nos hacemos cada vez más egoístas. Pensamos en nosotros mismos muchísimo más que en los otros. Cuanto más nos dedicamos al placer, tanto menos pensamos en nuestros semejantes. Las personas egoístas son impenetrables para las necesidades de los demás. Viven en una especie de armadura de cota de malla, y ningún arma las puede atravesar, ya sea de necesidad o de miserias. Sus sentidos están abiertos solamente para aquellos que pueden contribuir a sus placeres. «Hay hombres—dice San Crisóstomo—que parecen haber venido al mundo sólo para el goce, y para que puedan engordar este cuerpo perecedero... A la vista de sus exuberantes mesas se retiran los ángeles—Dios es ofendido—, los demonios se deleitan, los hombres virtuosos se disgustan, y hasta los acomodaticios se mofan y se ríen... Los hombres justos que ya han pasado antes que nosotros, dejaban las magníficas fiestas a los tiranos

y para los hombres enriquecidos por el crimen, que eran el azote del mundo.»

Ya no sabemos cómo vivir con poco. El hombre tiene que vivir con lujo a su alrededor. Y, sin embargo, la vida de un hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posee; debe vivir honradamente aunque sea pobre. Desprendimiento de lo superfluo, y hasta falta de lo relativamente preciso, es el camino real para la abnegación cristiana, lo mismo que para la antigua fuerza de carácter. Lo que más necesita nuestra época, es un hombre capaz de satisfacer todo deseo equitativo, y que, sin embargo, se satisfaga con poco. «Un gran corazón es una casa pequeña—dice Lacordaire—, es lo que aquí abajo ha causado más impresión en mi corazón. ¡Dichoso el hombre que ha sembrado lo bueno y lo verdadero; no le ha de faltar la cosecha!»

He aquí un hermoso ejemplo de honradez y rectitud por parte de un pobre labrador alemán. Bernardino de Saint-Pierre ha contado esta historia en sus *Etudes de la Nature*. Servía éste como ingeniero a las órdenes del conde de Saint-Germain, durante su campaña en la Hesse, en 1760. Por primera vez trababa conocimiento con los horrores de la guerra. Diariamente pasaba por aldeas saqueadas y campos y alquerías assolados. Huían llorando los hombres, las mujeres y los niños de sus chozas. Por doquiera se veían hombres armados que destruían el fruto de sus labores, considerándolo como parte de su gloria. Pero, en medio de tantos actos de crueldad, sintióse consolado Saint-Pierre por un rasgo sublime de carácter, puesto de manifiesto por un pobre campesino cuya choza y alquería estaban en el camino del ejército que avanzaba.

Se ordenó a un capitán de dragones que marchara con su compañía en busca de forraje. Llegaron a una pobre choza y llamaron a la puerta. Presentóse un anciano de barba blanca. «Conducidme a un campo—dijo el oficial—, donde pueda obtener forraje para mi compañía.» «En seguida, señor—contestó el anciano.» Púsose a su cabeza y subió al valle. Como media hora después de marchar, estaba a la vista un hermoso campo de cebada. «Este llena mi deseo admirablemente—dijo el oficial.» «No—replicó el anciano—, esperad un poco, y todo quedará bien.» Siguieron andando hasta que llegaron a otro campo de cebada. Desmontó la compañía, segó el grano, y atándolo en mazos, volvieron a montar a caballo. «Amigo—exclamó el oficial—, ¿por qué nos habéis traído tan lejos? El primer campo de cebada que vimos era tan bueno como éste.» «Es muy cierto—respondió el campesino—, ¡pero no era mío!»